



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVI

Nº 31

19.06.2022

DOMINGO DE LA 12ª SEMANA DEL T.O.

SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Génesis (Gn 14, 18-20)
Salmo Responsorial	Salmo 109 (Sal 109, 1. 2. 3. 4)
2ª Lectura	De la 1ª Epístola del Apóstol San Pablo a los Corintios (1Cor 11, 23-26)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN LUCAS (Lc 9, 11B-17):

En aquel tiempo, Jesús hablaba a la gente del reino de Dios y sanaba a los que tenían necesidad de curación. El día comenzaba a declinar. Entonces, acercándose los Doce, le dijeron: «Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado».

Él les contestó: «**Dadles vosotros de comer**». Ellos replicaron: «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para toda esta gente». Porque eran unos cinco mil hombres.

Entonces dijo a sus discípulos: «**Haced que se sienten en grupos de unos cincuenta cada uno**». Lo hicieron así y dispusieron que se sentaran todos.

Entonces, tomando él los cinco panes y los dos peces y alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los iba dando a los discípulos para que se los sirvieran a la gente.

Comieron todos y se saciaron, y recogieron lo que les había sobrado: doce cestos de trozos.

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«Decidles que se sienten en grupos de unos cincuenta.»



Parece que el Señor, prendado de los corazones de esas buenas gentes, que eran unos cinco mil, se decía: No habéis cuidado de vosotros, pero Yo os cuidaré.

Y aunque Felipe y Andrés afirmasen que cinco panes y dos peces no eran nada para aquella multitud, les mandó que se los trajesen y pidió a los Apóstoles que mandasen sentar a la gente. Y Jesús tomó los panes, los bendijo y ordenó a sus Apóstoles que los distribuyesen.

Esto para enseñarnos que debemos caminar apoyados más en la Bondad divina y en su Providencia que en nosotros mismos y en nuestras obras. Porque Dios, bajo cuya dirección y mando nos hemos embarcado, estará siempre atento a proveernos de todo lo necesario. Y, cuando todo nos falte, Él tomará a su cargo el cuidarnos y nada nos faltará, pues tendremos a Dios, que debe ser nuestro todo.

2. El Concilio de Trento (2)

El Concilio de Trento, en su primer decreto, proclamó el credo Niceno-Constantinopolitano (año 381), con la adición de la cláusula *Filioque*, reclamando, así, su continuidad con la corriente principal de la tradición cristiana. Luego, afrontó dos de los temas más polémicos en el debate de la Reforma: la relación entre Escritura y Tradición como fuentes de autoridad en la Iglesia, y el papel que juegan la fe y las buenas obras en nuestra justificación.



Los nombres de Lutero y de otros teólogos reformistas no son mencionados en los decretos sobre la autoridad y la justificación, pero es evidente que el concilio los tenía en mente en la discusión y proclamación de los mismos. A veces, sin embargo, se considera a Trento en general, y a estos decretos en particular, como un rechazo de la Reforma; la realidad, sin embargo, no fue ni mucho menos así. En el concilio, hubo un grupo significativo encabezado por hombres de importancia como el fraile agustino Girolamo Seripando, el cardenal Giovanni Morone y el cardenal inglés Reginald Pole, cuyo deseo era que lo mejor de la Reforma fuera tomado en consideración; sus puntos de vista quedaron bien representados en los decretos, especialmente, en las primeras etapas del concilio.

El decreto referente a la «Aceptación de los Libros Sagrados y las tradiciones apostólicas», en su enfoque inicial, se centra en Cristo y en la Escritura para preservar **«la pureza del Evangelio [...] proclamado, en primer lugar, por nuestro Señor Jesucristo con sus propios labios»**; distingue dos fuentes en la transmisión del Evangelio: la Escritura y la Tradición: **«los libros escritos y las tradiciones no escritas»**. El decreto ha sido criticado por crear la tradición y por considerar a la Iglesia como intérprete de la tradición con total independencia de la Escritura. El Vaticano II, en su decreto sobre la Revelación, procuró vincular las dos más estrechamente. Hay algo de verdad en la crítica, pero no debería ser aceptada superficialmente, ya que el decreto hizo hincapié en que las dos fuentes están unidas por su origen común: la buena noticia (el Evangelio) proclamada por Jesucristo.

El decreto sobre la justificación, y el referente al pecado original que le acompaña, entra en una profunda discusión con los reformadores. Como respuesta a su énfasis en la depravación de la naturaleza humana, el concilio afirma que la culpa del pecado original queda, realmente, abolida mediante el bautismo. Sobre la justificación, el decreto, en el capítulo 5, está de acuerdo con la insistencia de los reformadores en que toda la iniciativa procede de Dios **«a partir de una gracia predisponente de Dios, por mediación de Jesucristo»**; ahora bien, tenemos un papel que desempeñar: **«asentir libremente y cooperar con esta misma gracia»**.

En su capítulo 10, el decreto de la Justificación nos dice cómo podemos crecer en santidad:

Ellos crecen y acrecientan la justicia que han recibido a través de la gracia de Cristo, mediante la fe unida a las buenas obras, como está escrito: «Que aquel que es santo, llegue a ser más santo» (Ap 22,11); y también: «no esperar hasta la muerte para ser justificado» (Eclo 18,22); y también: «sabéis que una persona es justificada por las obras y no sólo por la fe» (Sant 2,24).

Muchos otros temas en la discusión sobre la Reforma estaban vinculados con los dos asuntos de las relaciones entre Escritura y Tradición y entre la Fe y las buenas obras. Trento promulgó gran variedad de decretos sobre estos temas, intentando justificar la enseñanza y la práctica que era ya tradicional en la Iglesia y mostrar su enraizamiento en la Escritura y en la Iglesia antigua, purificando, a la vez, de abusos, tanto la enseñanza como la práctica.

Mi mujer me observaba con atención y estaba profundamente sorprendida y sí empezó a hacerme preguntas y yo respondía solamente a las que me hacía y nada más, para no complicar las cosas. Con eso permitía que ella fuera asimilando mi cambio y poco a poco pudiera conocer e interiorizar mejor todo lo que me había sucedido.



Otra actitud mía que cambió fue que yo no me llevaba bien con mi hermana y de la noche a la mañana, pues de repente, quiero ver a mi hermana, me preocupo por ella y eso también tuve la impresión de que mi mujer lo observaba con atención. Hubo un momento en que mi mujer dijo que me iba a acompañar a misa y así fue, empezó a acompañarme y según me contaba empezó a sentir como una vuelta a casa, porque ella luterana, como dije, tenía una cultura cristiana que la había dejado en segundo plano en los últimos tiempos, por lo que cuando decidió acompañarme en la práctica religiosa fue para ella como volver a casa, es decir, recuperar la práctica cristiana.

Hubo un momento en el que decidí hacer una consagración personal al Inmaculado Corazón de María y me dijo al enterarse que me iba a acompañar en esa consagración personal. Entonces como una parte de ese acto está el compromiso de rezar el rosario a diario. Ella también se consagró y empezó a rezar el rosario a diario y me comentaba que notó, sintió, cómo se iba transformando. Todo esto facilitó mucho en mi casa la vida para todos porque empezamos a poner en el centro de nuestra vida la práctica religiosa, influyendo todo esto en el ambiente de educación de los hijos.

La actitud de mi mujer se convirtió en un apoyo muy grande para mí porque había cosas que yo quería hacer, que quería vivir en mi nueva fe, que sin un apoyo en casa era muy difícil de conseguir, así que la nueva actitud de mi mujer hacia la fe fue un regalo para mí. Empezamos a ordenar nuestra vida en el sentido de orientarla hacia la fe y como consecuencia nos casamos por la Iglesia y por supuesto, empezamos a asistir a misa y a recibir la eucaristía que fue donde yo me encontré al Señor, al Dios vivo, y conozco, sé profundamente que es verdad, porque lo he vivido, y que el Señor está ahí, que nos espera y cuando asistes a la adoración en la iglesia te va transformando el corazón, lo notas, lo sientes, lo vives.

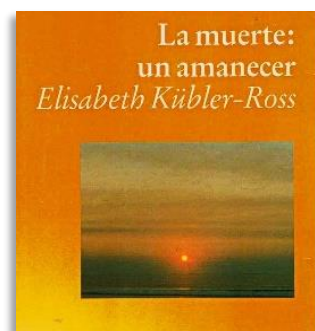
Hubo una gracia muy importante que recibí, que me causó una sensación muy desagradable y negativa pero que tengo que contar porque creo que es un testimonio muy importante. Analizando sobre mi vida en relación con mi fe cristiana, me estaba dando cuenta de que volvía a caer en pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión, por lo que empecé a cuestionarme si yo estaba recibiendo bien al Señor cuando comulgaba, y creo que el Señor me lo dejó muy claro al respecto, en el sentido de cuál es la línea en la que no debemos recibir al Señor, línea que no se puede traspasar, y sin más explico en qué consistió esa experiencia.

Había un triduo en mi pueblo que estaba haciendo; entonces el primer día del triduo antes de asistir a la misa me vino un pensamiento, que de aceptarlo supondría un pecado mortal. Esos pensamientos los puedes rechazar sin más y entonces se marchan, que fue lo que hice, por lo que me acerqué a comulgar sin más problema. Al día siguiente cuando iba de nuevo a asistir a misa me volvió a llegar el mal pensamiento a la cabeza y ese día le di acogida en mi corazón, no lo rechacé como hice el día anterior, incluso pensé, bueno si se da, tampoco pasa nada y lo acogí en mi corazón, y no lo rechacé, estaba tranquilo y me fui a comulgar y cuando el sacerdote me puso la forma consagrada en la lengua me pasó algo que fue todo lo contrario de la experiencia que tuve del amor de Jesús al recibir la comunión después de unos 30 años sin recibirla, como ya conté. Ahora sentí un vacío total, una falta de todo tipo de sensación y sentimiento de amor a Dios, me volví al banco y me di cuenta en ese momento que esta sensación de falta total de amor, es un infierno eterno, sólo con eso ya es un infierno tener esta falta total de amor en tu corazón. Yo tuve la suerte, la gracia de ver cómo se apagaba el amor en mi corazón y me di cuenta de lo horrible que eso era.



DIOS EXISTE (31). La muerte: un amanecer.

Se transcriben algunas de las experiencias de la doctora Elisabeth Kübler-Ross, que han sido expuestas en libros y conferencias, tanto en EE.UU. como en Europa. De origen suizo **Elisabeth Kübler-Ross**, emprendió los estudios de medicina con la esperanza de ir a la India como *misionera laica*. Pero el destino la llevó a Nueva York, donde empezó a trabajar con enfermos mentales, la mayoría esquizofrénicos. Con este tipo de enfermos, a pesar de tener pocos conocimientos teóricos de la rama de psiquiatría, y a base de escucharlos y de estar con ellos, consiguió que la mayoría volvieran a emprender una vida autónoma.



Más adelante inició una labor con enfermos terminales, a los que atendió durante 20 años, tanto personas mayores como niños pequeños, siguiendo el proceso de escucharles. Profundizó y reflexionó en lo que le habían dicho muchos de sus pacientes, que habían experimentado que después de un proceso de muerte clínica, volvían a la vida, bien a través de procedimientos médicos o espontáneamente, acerca de percepciones y situaciones que acontecían durante esa especial vivencia, concluyendo que era algo **verídico** y que cabía tener en consideración y analizar cuidadosamente.

Sus numerosas conferencias exponían de que además de la inexcusable importancia de acompañar al enfermo terminal, la supervivencia después de la muerte era un ámbito de estudio que requería la atención de todos. La muerte era un proceso que **había de ser afrontado sin miedo**. Después de años de rechazo de una parte de la comunidad científica, recibió numerosos títulos honoris causa, concedidos por más de 20 universidades de todo el mundo. Sus libros han sido traducidos a más de 25 idiomas.

Kübler-Ross fue capaz de integrar e interiorizar en su trabajo la sensibilidad profunda hacia los seres humanos que atraviesan la crisis última de su vivencia existencial. Nos dice Elisabeth en su libro LA MUERTE UN AMANECER: cuando ocurre que se ha pasado largo tiempo sentada junto a la cama de niños y ancianos que mueren, **cuando se les escucha de verdad, uno percibe que ellos saben que la muerte está próxima**. Súbitamente alguno se despide, dice adiós. Después de su muerte, se experimenta el emocionado sentimiento de ser quizá la única persona que ha atendido con la debida seriedad sus palabras.

Nos sigue diciendo la doctora: Hemos estudiado veinte mil casos, a través del mundo entero, de personas que habían sido declaradas clínicamente muertas y que fueron llamadas de nuevo a la vida, bien por ayuda médica, o espontáneamente. Quisiera explicaros muy someramente lo que cada ser humano va a vivir en el momento de su muerte. Esta experiencia es general, independiente de su origen y credo, de su edad y su nivel socioeconómico. Durante dos mil años se ha invitado a la gente a creer en las cosas del más allá, que para mí es un asunto de conocimiento más que de creencia, pero el no querer creer o conocer este tema no tiene ninguna importancia porque cuando hayáis muerto lo sabréis de todas maneras.

En el momento de la muerte hay tres etapas. Con el lenguaje que utilizo en el caso de los niños moribundos de muy corta edad, digo que la muerte física del hombre es idéntica al abandono del capullo de seda por la mariposa. Morir significa, simplemente, mudarse a una casa más bella, hablando simbólicamente. Desde el momento en que el capullo de seda se deteriora, va a liberar a la mariposa, es decir, a vuestra alma. En esta segunda etapa, cuando vuestra mariposa – siempre en lenguaje simbólico – ha abandonado su capullo, vosotros viviréis importantes acontecimientos que es útil que conozcáis para no sentirlos jamás atemorizados frente a la muerte. El mayor regalo que Dios ha hecho a los hombres es el del **libre albedrío**, y de todos los seres vivientes el único que goza de este libre albedrío es el hombre. Vosotros tenéis, por tanto, la posibilidad de elegir la forma de vivir, sea de modo positivo o negativo. **Desde el momento en que vuestra alma abandona el cuerpo, advertiréis enseguida que estáis dotados de capacidad para ver todo lo que ocurre en el lugar de la muerte.** Estos acontecimientos no se perciben ya con la conciencia mortal, sino con una nueva percepción. Entonces sabréis exactamente lo que cada uno diga, piense, y la forma en que se comporta.